

ANIVERSARIO DEL 23-F

La noche que hubo que esconder a «Juanita»

Hoy es el décimo aniversario del 23-F, en que Menorca temió lo peor, y al fin quedó en nada

M.ÁLIMÓN

«Si la Guardia Civil hubiese entrado allí, hubiera podido cogerme a todos a la vez, a los de derechas y a los de izquierdas». Andreu Murillo Tudurí recuerda, diez años después, que el 23-F le coincidió con el luto familiar por la muerte de su padre, Jaime Murillo Pallicer. El óbito había sobrevenido a las dos de la madrugada de aquel lunes de invierno, que quedó grabado a fuego de metralletas en la página prolífica de las convulsiones políticas de una España que hacía más de dos siglos que buscaba la estabilidad democrática. Por la tarde, la parroquia de Santa María de Maó se encontraba abarrotada de gente. En el Congreso de los Diputados, en la capital política del Estado, se estaba desarrollando la sesión de investidura de Leopoldo Calvo-Sotelo, que había presentado su candidatura a la presidencia del Gobierno. En Maó, a esa misma hora, había comenzado el funeral por el alma de Jaime Murillo Pallicer. La condición de conseller de Cultura que encarnaba su hijo hizo que el templo presentara una numerosa concurrencia de personas. Compañeros de corporación insular de todo el arco político, amigos, correligionarios del PSM —el partido en el que él militaba—, autoridades y líderes políticos se personaron en la parroquia. Pero para varios grupillos y corros la ceremonia se iba a convertir, indefectiblemente, en una hervidero de rumores y de temores. Murillo recuerda que, situado en los bancos delanteros, oía a su espalda pequeños alborotos y murmullos aquí y allá que interferían en el desarrollo del oficio religioso. No supo a qué achacar los trajes y la falta de silencio. En efecto, algunos de los políticos asistentes entraban y salían por la puerta principal. Otros musitaban a sus compañeros de asiento las confusas novedades. Parece incluso



Histórica foto de Tejero subido a la tribuna de oradores blandiendo su pistola para «asesinar» la democracia

que alguno abandonó el funeral antes de concluir. El desconocimiento del alcance de los hechos, aún inciertos y contradictorios, debieron de aconsejarle retirarse por el momento de la circulación pública. Más tarde, cuando Andreu Murillo iba a ganar el coche con el que acompañaría el cuerpo de su padre al cementerio, fue puesto al corriente. Miquel Vanrell, maestro como él y militante del Partit Comunista de les Illes Balears (PCIB), le informó asustado que se había producido un asalto al Congreso en plena sesión de investidura de Calvo-Sotelo.

Pasaban veintitrés minutos de las seis de la tarde del 23 de febrero de 1981. Ciento veintitrés guardias civiles, al mando del teniente coronel Antonio Tejero Molina, violentaban el acto parlamentario armados con metralletas y pistolas, dispuestos a secuestrar a los representantes de la soberanía popular. Mientras,

en Valencia, sede de la III Región Militar, su capitán general, Jaime Milans del Bosch, decretaba el estado de excepción y ordenaba la salida a la calle de varios carros de combate. Radio Nacional comenzó a emitir música militar, y por la mente de los españoles corrió el rumor como un latigazo, luego confirmado, de un intento de golpe de Estado. Análoga reacción apesadumbrada cruzó a esas horas, simultáneamente, por la mente de los menorquines reunidos en Santa María.

Antonio Casero Rodríguez, otro destacado militante del PCIB y concejal de Maó, revela que se enteró, en efecto, «cuando entré» en la iglesia para asistir al funeral. «Allí me comunicaron lo que estaba sucediendo; había un cierto pesimismo y preocupación por el desarrollo de los acontecimientos».

CON TIROS Y TODO

Joan López Casanovas, compañero de Murillo en el Consell y miembro del PCIB, no llegó a pisar el umbral de Santa María, aunque iba camino de la parroquia. Bajaba por la Costa de Sa Plaça para acudir al funeral. Encontró, sin embargo, a Tomcu Gili, quien le comunicó que «en el Congreso había pasado algo muy gordo, con tiros y todo». En consecuencia, López ya no pasó de Cas Dineret. Con varios amigos de partido marchó a la sede mahonesa del PCIB, entonces domiciliada en la calle de Ses Morenes. Recuerda que al llegar al portal encontraron a una policía de paisano que había sido destinado allí para custodiar el local. Lo primero que hicieron perentoriamente, una vez dentro, fue recoger el fichero de militantes, para esconderlo. Se trataba de prevenir que el listado de afiliados pudiera convertirse, llegado el caso, en una

macabra lista de venganzas. De hecho, López conserva aún en su fuero interno la seguridad de que entonces llegó a existir una «lista negra». «Sí, existió —asegura rotundo—; supimos luego que la denominaban "lista de elementos a neutralizar"». En el primer puesto figuraba Tirso Pons, senador que era de una coalición de izquierdas, seguido de Antoni Casero, seguramente el comunista más popular y destacado de Menorca. A continuación «venta yo», afirma López, que «además de conseller comunista era nacionalista», recalca.

El fichero fue sacado de la sede y escondido en una casa particular. Lo mismo se hizo con la «Juanita», como llamaban a la multicopista con la que tantas octavillas y panfletos habían ciclostilado los comunistas antes y durante la transición democrática. Era aquella una prosopopeya que fluctuaba entre lo entrañable y lo que se quiere mantener en clave. La máquina de imprimir fue puesta a salvo, quizá imaginando más de uno que de nuevo iba a regresar a la clandestinidad.

En Ciutadella el comportamiento de los comunistas fue el mismo, aunque en lugar de entregar la relación de afiliados a la custodia de un particular, los documentos fueron guardados en una bolsa de plástico, y el paquete resultante, enterrado en un huerto.

Entre tanto, los cuarteles del Ejército de Tierra vivían atanzados en espera tensa de las primeras órdenes, que no llegaron a producirse. No obstante, si se procedió al acuartelamiento de todos los efectivos, tropa y mandos. Por su parte, las autoridades políticas y civiles se agarraron a las ondas de la radio y las imágenes de televisión, únicos canales de conocimiento directo del desarrollo del golpe de Estado.

Acabado el funeral, el presidente del Consell, Francisco Tutzó, se dirigió a su despacho oficial. En aquellas fechas la institución ocupaba unas dependencias compartidas en las casas consistoriales de Maó. El Consell apenas tenía dos años de vida, y carecía de sede propia. Tutzó pronto quedó rodeado de consellers, tales como Juan Antonio Seguí, María Juan Benjami, Ramón Carreras o Joan López. Éste recuerda cómo inmersos en la tensión hubo algunos comentarios que hoy despertarían hilaridad, pero que entonces fueron fiel reflejo del estado psicológico preocupado, angustiado, por el desconocimiento de la realidad de los hechos, primero, y, después, de la creencia en la gravedad de los mismos. Por ejemplo, Juan An-



SERVICIO TÉCNICO ELECTRODOMÉSTICOS

Comunica a sus clientes y usuarios su número de telf. 36 69 15. Donde serán atendidos de lunes a viernes, horas de oficina.
Venta de recambios en C. Virgen de Gracia, 191.
De 8 a 10 de la mañana

AGNI

CORCHO

CTOLS

SUPERSEK

AJUNTAMENT DE CIUTADELLA PATRONAT MUNICIPAL D'ESPORTS

Amb motiu de la propera inauguració del nou Pavelló Municipal d'Esports, ja Junta Rectora va aprovar el Plec de Condicions Econòmico-Administratives que han de regir la licitació per a la concessió de l'ús privatiu de part de l'edifici del Pavelló, amb la finalitat comercial de Cafeteria-Bar.

Els interessats poden demanar el corresponent Plec de Condicions i presentar les seves ofertes amb un sobre tancat a les oficines del Patronat abans de les 14 hores del dia 22 de març.

Ciutadella de Menorca, 18 de febrer de 1991
PERE GENESTAR I MESQUIDA
President Del. del P.M.E.